

EL “POETÓN” Y EL CABALLERO.

Rangos, valores y mentalidades en la sociedad cervantina

María Isabel Segarra Vara

María Isabel Segarra Vara, Licenciada en Ciencias Políticas y Sociología por la Universidad Complutense de Madrid T.E.U. de Sociología en la Universidad de Castilla-La Mancha.

Las páginas que siguen son una reflexión sobre algunos aspectos de la vida de Miguel de Cervantes, de su sociedad y de su personaje, don Quijote. Se hace referencia, con la brevedad necesaria, a la sociedad estamental en la que vivió el autor, a los valores que la sustentaban y a su estratificación compleja y desigual. Hay, asimismo, una aproximación al movimiento cultural renacentista y a la corriente humanista, tan caros al Cervantes itinerante y culto, para finalizar con el mítico Caballero entre heroicidades y utopías. Este trabajo es, en definitiva, un testimonio de admiración. Me acojo, en este sentido, a las comprensivas palabras de Menéndez Pelayo: “Cada uno tiene el derecho de admirar el *Quijote* a su manera”.

“QUIEN ES POBRE NO TIENE COSA BUENA”

Aunque haya conseguido vida propia, aunque, convertido en un clásico se haya vuelto “inagotablemente significativo y abierto a todas las posibles miradas para siempre” (Savater, 2005:59-60), Don Quijote no es nada sin Miguel de Cervantes. Y la verdad, no sé que apasiona más, si la historia del hidalgo manchego o la del alcañino.

Es preceptivo comenzar pues por el autor y su ambiente personal, lo que es lo mismo que decir que comienzan las dificultades. Miguel de Cervantes no da facilidades ni permite el acceso cómodo a su vida. Las investigaciones de numerosos cervantistas han permitido documentar el día de su bautismo, 9 de octubre de 1547 en la Iglesia de Santa María de Alcalá de Henares. No conocemos la fecha exacta de su nacimiento pero no debió distar demasiado de ese nueve de octubre, ya que la elevada mortalidad infantil¹ de la época, aconsejaba no diferir demasiado el bautizo de los recién nacidos. Miguel fue el cuarto hijo de una familia extensa, extraña y solidaria. La solidaridad horizontal familiar afectará a todos, al padre, el cirujano Rodrigo de Cervantes, débil, infortunado y enfermo, que se

(1) La reducción de la mortalidad ordinaria, sobre todo infantil, no se acelera más que a partir de la guerra europea (1914-1918). Jordi Nadal (1984:16)

ganaba la vida asistiendo a aquellos que no podían pagarse un médico “de pulso”, a las hermanas, Andrea y Magdalena, al propio Miguel en relación con su hermano menor Rodrigo, y, muy especialmente, a la madre, Leonor de Cortinas, la castellana vieja que atesoraba un temple de hierro para hacer frente a tantas desdichas: las enfermedades, la pobreza, la cárcel, los viajes interminables en aquellos carretones tablillantes por caminos polvorientos y ventas incómodas de Alcalá a Córdoba, a Sevilla, a Valladolid, a Madrid. Temple para soportar el cautiverio de los hijos, las mancebías de las hijas, la enfermedad y el hado adverso, aposentado permanentemente en aquel esposo melancólico. Firmeza, perseverancia y aliento, para liberar a sus hijos de la prisión argelina, imaginación para inventar negocios, decisión para llamar a todas las puertas posibles con el único fin de salvaguardar a los suyos. Leonor de Cortinas fue, con mucho, la figura más gallarda de aquella familia. Miguel de Cervantes posiblemente heredó de su padre un carácter apacible y esa punta de mal fario que le acompañará siempre, pero la nobleza resignada y el valor ante la adversidad, son claramente Cortinas.

En cuanto a su fisonomía, existe una duda razonable respecto a la autenticidad de los retratos existentes, así que recordaremos la descripción elegante y ajustada que hace de sí mismo, en la que se presenta con agradable apariencia aunque desdentado, algo encogido y lento de andares. Es más que entrañable la exhibición de esa manquedad que le enorgullece: “Herida que aunque parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos ni esperan ver los venideros”². Tampoco hay ningún asomo de complejo en la referencia a su tartamudez: “Será forzoso valermé por mi pico que, aunque tartamudo, no lo será para decir verdades”³.

Y a todo esto hay que añadir para perfilar algo más su personalidad, la poca afición a la adulación y la “baratija”⁴, la insistencia en su integridad moral según su propio testimonio: “Tuve, tengo y tendré los pensamientos / merced al cielo, que a tal bien me inclina, / de toda adula-

(2) Cervantes afirma en el prólogo de sus *Novelas ejemplares* que Juan de Jáuregui conocido pintor y poeta, había pintado su retrato sobre el cual, se han emitido dudas fundadas. En la colección del marqués de Casa Torres existe el retrato de otro hombre, también con gofilla, que se ha supuesto que es el que pintó Jáuregui porque corresponde a la descripción que de este da Cervantes en el prólogo aludido y que he resumido en este artículo debido a su extensión. (Martín de Riquer, 2003:97-98)

(3) Aquí Martín de Riquer (2003:98), considera que, si no se trata de una expresión de humildad o de una metáfora, hay que concluir que Cervantes era tartamudo.

(4) Encuentro inverosímil de Cervantes con un estudiante en un viaje de vuelta de Esquivias, debido al estado de debilidad del escritor por esa época. Canavaggio piensa que se trata de una fantasía literaria, un pretexto del que se sirvió Cervantes para contarnos la reacción de uno de sus admiradores. Encuentro en el que, no obstante, lo esencial suena a verdadero. Verdadero el entusiasmo del estudiante y también, en opinión de Canavaggio, las negaciones corteses del autor del *Quijote* que, en su opinión, dejan transparentar el orgullo de haber sido reconocido (Canavaggio, 1987:344-345).

ción libres y esentos. / Nunca pongo los pies por do camina / la mentira, la fraude y el engaño, / de la santa virtud total ruina”⁵.

“VOTO A DIOS QUE ME ESPANTA ESTA GRANDEZA”

En el siglo XVI la referencia cultural está en Italia, y a lo largo de este siglo, salvo Venecia, Saboya y los Estados papales, Italia entera está en manos de españoles. Allí encontramos a Cervantes tras un oscuro asunto madileño, al servicio del cardenal romano Acquaviva. Canavaggio (1992:78) describe la impresión que le causó el país, sus paisajes y ciudades, y su fascinación por Nápoles, la poblada capital de la Italia española. Y es que Cervantes se da de bruces con la cultura del Renacimiento y sus corrientes de pensamiento humanista que ponen en primer plano a un hombre nuevo dueño de su libertad, valorado por su *virtù* en contraposición al linaje.

Cervantes participa de las fuentes renacentistas; enamorado de la poesía de Petrarca, de los grandes poemas caballerescos pero también del género pastoril tan en boga. Para un hombre que se complace en leer “aunque sean los papeles rotos de las calles”, Italia fue un hallazgo.

Años después Cervantes ha abandonado el servicio de Acquaviva. Hacia 1569, su padre, Rodrigo, testifica ante la autoridad competente para obtener un certificado de limpieza de sangre que permita a Miguel optar por uno de los trabajos que la escasa movilidad de una sociedad cristalizada permite a un hidalgo pobre: Opta por Casa real, es decir, por el servicio en el ejército. Dos años después, embarcado en la galera *La Marquesa*, el arcabucero Miguel de Cervantes, enfermo y febril, peleará heroicamente desde el esquife de su bajel, recibiendo los disparos que le inutilizarán la mano izquierda. Cervantes siempre se sentirá orgulloso, tanto de la mancuerna mítica como de la “ocasión” en la que quedó en entredicho el mito de la imbatibilidad turca.

De *La Marquesa* a *El Sol*. Cervantes, con veintiocho años, decide regresar a España. A la vista de las costas catalanas, casi al término del viaje, la galera es capturada por navíos berberiscos. Mediaba el mes de septiembre cuando las galeras de Amaut Mamí llegan a la vista de Argel: “Cuando llegué cautivo y vi esta tierra / tan nombrada en el mundo, que en su seno / tantos piratas cubre, a coge y cierra / no pude al llanto detener el freno”⁷. El cautivo angustiado, tiene un momento de fascinación a la vista de la ciudad de Argel poblada, abigarrada, y relativamente abier-

(5) Curioso autorretrato literario en el que insiste en su integridad moral (Riquer, 2003:86).

(6) Aquí Cervantes proclama como honra principal de sus escritos al soneto “Voto a Dios”, considerando al *Quijote* como una mera obra de entretenimiento (Riquer, 2003:86).

(7) Así habla Saavedra en *El trato de Argel*. El autor del *Quijote* conservará grabada en su memoria esa llegada (Canavaggio, 1987:88).

ta. Conocemos esos cinco años de su cautiverio. Sabemos el respeto que inspiró su comportamiento generoso y su valor demostrado tanto en la propia estancia en los “baños”, como en sus numerosos intentos de fuga; lo imaginamos en un acceso de melancolía, como la de esos cristianos de *Los Baños de Argel* que, desde lo alto de la muralla contemplaban el horizonte del mar cantando a la patria perdida: “Cuán cara eres de haber, o dulce España”⁸. El tesón de Leonor de Cortinas y la perseverancia del trinitario Fray Juan Gil permitieron el rescate de Miguel de Cervantes “que es de edad de 33 años, manco de la mano izquierda y barbimubio”⁹. Al fin, en el otoño de 1579, Cervantes pisa la hermosa tierra de Valencia.

Italia, Lepanto, la experiencia argelina, van acrisolando su personalidad. Pero tal vez su pensamiento, en el momento en que abre los ojos a la rotunda luz valenciana sea que “no hay en la tierra contento que iguale a alcanzar la libertad perdida”¹⁰.

El regreso no será del todo grato. Cervantes solicita, como soldado “aventajado” un puesto, una atención, pero no encontrará respuesta a sus peticiones. Ni obtendrá permisos para Indias, ni será incluido entre los que van a Italia, como era su deseo. Al final será nombrado comisario real de abastos y recaudador de impuestos, empleos incómodos que le proporcionarán dos excomuniones y una estancia en la infernal cárcel de Sevilla.

Felipe II, conocido como el “rey del papel”, por su dedicación burocrática a un imperio cuya vastedad provocaba admiración, asombro y odio, o como el “rey prudente”, por su personalidad cortés y mesurada “cuyos silencios amedrentaban”, según Santa Teresa¹¹, fallece en 1598 cuando Cervantes cumplía cincuenta y un años. Su muerte significa el fin de una época, ese siglo XVI de soldados y conquistadores en el que los logros humanistas y renacentistas apenas han dejado huella. Si acaso en el terreno político, donde tanto los Reyes Católicos como los Austrias Mayores pueden ser considerados como prototipos de monarcas modernos, que afirman su poder personal y dónde, si entendemos por política renacentista la puesta a punto de una maquinaria administrativa eficaz, la Monarquía católica ocupa el más alto puesto, sobre todo en lo que hace al terri-

(8) Sin duda Cervantes compartió a menudo las emociones de los demás cautivos. Según este autor sus hechos han difundido la fábula de ver en Cervantes un alma de acero que nunca conoció el desconcierto ni la duda, interpretando de modo abusivo el testimonio de sus compañeros. (Canavaggio, 1987:103).

(9) Son los datos que proporciona la madre de Cervantes, que echaba los últimos restos en la batalla entablada por ella desde hacía cuatro años, cuando entrega a fray Juan Gil la suma de 300 ducados para el rescate de su hijo Miguel. (Canavaggio, 1987:106).

(10) Ruy Pérez de Viedma es el que pronuncia la frase.

(11) Dice Santa Teresa: “Empecé a hablarle porque su mirar penetrante, de esos que ahondan hasta el ánimo, fijo en mí, así que bajé mi vista y con toda brevedad le dije mis deseos”. (Kamen, 1997:235).

rio de la Corona de Castilla (Fernández Álvarez, 1984:38). Las opiniones respecto a la sociedad española en 1598, cuando Cervantes escribe su magnífico soneto al rey fallecido, son diversas pero, en general, se habla de crisis. Siguiendo a la Corte, se establecerá en Valladolid con sus “cervantas”, como son denominadas popularmente su esposa, hija, sobrina y hermanas. Opiniones coincidentes sitúan en estos años, a partir del tiempo de prisión en Sevilla, la elaboración de su novela magistral. Desconocemos la fecha exacta de su inicio pero la Primera Parte se va a imprimir en Madrid en el año 1605.

Inmediatamente, Miguel de Cervantes regresará a la capital madrileña estableciéndose en la calle del León. Ahí escribirá la Segunda Parte del Quijote y en Madrid se imprimirá en el año 1615.

“DOS LINAJES HAY EN EL MUNDO: EL TENER Y EL NO TENER”

Cervantes era un hidalgo pobre. La sociedad en la que vivió presentaba una estructura estamental piramidal y jerárquica, en la que todo el mundo se encontraba encuadrado en un rango de acuerdo con su status o posición social.

En la cúspide de la pirámide se sitúa el rey, y, a continuación, la nobleza. El lugar privilegiado de la aristocracia en la pirámide social derivada de la importante función que los nobles ostentaron en la división tripartita medieval como bellatores, brazo armado que protegía y defendía a los otros dos órdenes sociales. Pero, a esta altura, el ejercicio de las armas tiene ya muy poco de carácter militar por lo que los antiguos *bellatores* se han convertido en *honorarios* o mantenedores del orden monárquico señorial.

Felipe II se había rodeado de hidalgos en sus tareas burocráticas de gobierno, pero no será esta la preferencia de su sucesor Felipe III, ni, en general, la de los Austrias menores, que optarán por cambiar el régimen personalista de su antecesor por el de privanza y favoritismo. Entrará así en escena el “valido”, el favorito, el noble agigantado que se hará cargo de la gobernación del país a lo largo de todo el siglo, “sucediéndose los unos a los otros con la misma continuidad con la que suceden los reyes” (Tomás y Valiente, 1990:5). El duque de Lerma, primero de la saga, será el hombre más poderoso de España.

Nos encontramos, por tanto, con una sociedad basada en un régimen formal de privilegios, en la que conviven células primarias como gremios y pequeños municipios, con “una considerable autodeterminación de base popular” (Domínguez Ortiz, 1979:218), junto con su sector de la nobleza, los hidalgos, tan valorados por Felipe II, relegados por Felipe III casi a la posición del estado llano, y, como consecuencia de la escasa capacidad personal de este monarca, encontramos finalmente, unas elites señoriales en las que el rey ha confiado la marcha de los

asuntos de gobierno. Elites que se habilitarán a sí mismas para recibir las recompensas que toda sociedad tiene a disposición de sus miembros más distinguidos y que se materializan en rentas, primas, pensiones, exenciones tributarias, judiciales y militares, además de la reserva oligopólica de puestos en la Administración central y local, en los Colegios Mayores y en las Órdenes Militares.

Al rango se accede por medio de la adscripción, herencia o linaje. La sangre noble familiar acreditará, a través de generaciones, la permanencia en ese nivel superior. Esta es, por una parte, la forma de “cerrar el acceso”, y por otra, la manera de perpetuar la presencia y circulación de unas elites de *honotiores* que se renuevan dentro de sí mismas.

Serán también los valedores del *honor*. Los *honotiores* mantienen el orden monárquico señorial y custodian el valor social del *honor* cuya fuente se encuentra en el Rey, denominado por ello *fons honorum*. El honor, entendido no como una cualidad personal, sino como una condición social que deriva del rol y del status, da contenido a esta sociedad. Va a constituir algo así como un “factor de mentalidad” (Maravall, 1984:59 y 163), un estilo de vida que lo abarca todo: sentimientos, lenguaje, vivienda, vestido, comida, juegos y deportes, uso de las armas... un modelo de comportamiento en definitiva, que el noble, por el hecho de serlo, está obligado a seguir: “*Noblesse oblige*”. Eso esperan de un caballero tanto sus pares como aquellos que están situados en la base de la pirámide social, e incluso los excluidos de la misma.

En todas las sociedades, en definitiva, existe un modo de justificar o *legitimar* ese nivel de desigualdad, me refiero a un modo “persuasivo” antes de utilizar la fuerza. En la sociedad estamental de la que nos ocupamos, esa legitimación viene a través de la “sanción legal”, con el respaldo de la Iglesia católica. Tanto el Rey como la nobleza y, correlativamente, los excluidos de la misma destinados a carecer de honor legal y de recompensas sociales, son producto de la suprema disposición divina sobre la naturaleza. Hecho que al parecer asumen con naturalidad si creemos a Vicente Espinel: “Los grados jerárquicos del cielo se imitan entre los mismos grados de personas, para que los inferiores obedezcan a los superiores” (Vicente Espinel, 1969:209).

Hay un último escalón en el estamento nobiliario ocupado por los hidalgos y sus escuderos. En este rango estamental encontramos gran diversidad. El propio Cervantes es un hidalgo muy pobre, pero no lo son tanto los dos hidalgos rurales en la ficción: D. Quijote y el caballero del Verde Gabán. Ambos disfrutaban de una vida ociosa y otras prebendas típicas de su condición: posibilidad de ejercitar la caza, tratamiento de *don*, no generalizado todavía, armas de piedra sobre la puerta de la casa. Domínguez Ortiz (1979:212) sitúa al del Verde Gabán en el límite impreciso entre el hidalgo y el caballero como prototipo de una nobleza rural algo idealizada. Lo que sí que es cierto, es que han perdido su viejo privilegio de cercanía al rey.

La gran brecha social entre los que tienen y los que no, se abre en la base de la pirámide, en los escalones cubiertos por los pequeños comerciantes, tenderos, propietarios de sus negocios y trabajadores manuales o mecánicos. Junto a ellos sus equivalentes en el medio rural y aquellos formalmente excluidos de la pirámide estamental que conformaban el bullicioso y variopinto muestrario de desertores del ejército o de galeras, vagos, lisiados, mendigos, ciegos cantores de jácara y romances, que se exhibían y deambulaban por Madrid “corte de los milagros”, o por el Arrenal de Sevilla, trufados con pícaros, tahúres y rufianes del mundo entero. Marginados y realizando los trabajos más vilipendiados vivían también los moriscos.

Kerbo (1998:11) considera que la desigualdad social, en términos de prestigio y honor, ha estado presente en todas las sociedades humanas, pero Shumpeter¹² sostiene que la sociedad es siempre una pirámide con fisuras, y a través de ellas, la movilidad social ascendente se establece como el único medio de suavizar y aún romper, esa desigualdad que prima la adscripción sobre el logro personal. El hecho es que desde el siglo XV se van instalando unos grupos intermedios a los que Pierre Vilar¹³ no duda en llamar “clases medias”, haciendo patente su fuerza en el entorno administrativo de los Reyes Católicos. En el siglo XVI, esa movilidad ascendente parece incrementarse, y aunque no consiga, ni siquiera lo pretenda, eliminar el régimen jerárquico estamental, sí que inicia su erosión. Por esas fisuras, en un fenómeno común a todo el Occidente europeo, penetrarán nuevas elites enriquecidas que han accedido a la gran propiedad de la tierra, al tiempo que numerosos puestos militares y burocráticos caen en las denominadas clases medianas, compuestas por artesanos ricos -denominados “fabricantes”-, profesionales distinguidos, militares, terratenientes ricos y, por encima de todos, el grupo de mercaderes en grueso que incluía ricos comerciantes, banqueros, cambistas y a aquellos que ejercían el comercio marítimo. Representación sectorial de la denominada clase media alta, tan buscada, cuya posición social les permitía aproximarse a la elite de poder. Aunque la mentalidad de estos grupos intermedios simpatiza poco con los ideales caballerescos, sus pretensiones radican en conservar y ensanchar su posición para poder tomar parte en el proceso de la toma de decisiones, en beneficio tanto de sus negocios como de sus descendientes, cuyo ennoblecimiento anhelan. No estamos hablando de nivelación de las diferencias dentro de una sociedad estamental y jerárquica. En este tipo de sociedad, por mucho que algunos grupos inicien el despegue hacia nuevas formas de estratificación, la movilidad social ascendente lo será siempre

(12) Citado en Maravall (1984:166).

(13) Citado en Maravall (1984:274).

“por goteo”, (Maravall, 1984:300)) y no general. Pero la erosión lenta y paciente, traerá cambios.

“YO, SOCARRÓN, YO POETÓN YA VIEJO”

William Shakespeare, el otro genio contemporáneo de Cervantes escribió que “el mundo entero es un escenario y todos los hombres y mujeres simples comediantes” (1990:228). Al igual que los comediantes podemos representar diversos papeles, porque una sola máscara no agota nuestra personalidad. El personaje Miguel de Cervantes no se reduce al familiar que conocieron sus allegados, ni a la sucesión de mitos: soldado heroico, cautivo valeroso, persona honesta, recaudador ingenuo, preso por deudas, erasmista, dramaturgo y poeta frustrado, criptojudío, católico sincero... máscaras todas ellas con su parte de certeza, que no agotan el perfil de grandísimo escritor, al final y por encima de todas.

“YO HE DADO EN DON QUIJOTE PASATIEMPO / AL PECHO MELANCÓLICO Y MOHIÑO / EN CUALQUIERA OCASIÓN Y EN TODO TIEMPO”

Con Cadalso (1999:180, Carta LXI) creemos que Cervantes quiso decir algo muy hondo, muy serio, en estos primeros años del siglo XVII en España, y también coincidimos con Pierre Vilar (1982:59) que “en la frontera entre los dos siglos, un momento de España se encarna en D. Quijote”. Cervantes, el “poetón “ ya viejo, en algún lugar de La Mancha, da vida a un caballero andante formado en el antiguo espíritu heroico. Y ese Caballero tiene una misión: resucitar la Edad de Oro, porque el espíritu crítico de la época de la modernidad y su gran creación el Estado absoluto, han eliminado casi por completo las virtudes caballerescas. Para volver a practicar los antiguos ideales, ayudando a menesterosos y desvalidos, hay que volver a recorrer los caminos. Y así lo hará, aderezado con las armas de sus bisabuelos, a lomos de su rocín, adoptando un nombre nuevo a la manera de los caballeros: “Don”, título al que como hidalgo tenía derecho, y “*quijote*”, pieza del glorioso amés. Y para rematar a la caballerescusa usanza, un sobrenombre tomado de su patria a la que honraba de este modo. Así que cumplidas las convenciones, ahí está Don Quijote de la Mancha, en camino cuando rompía el alba de algún día en el recodo de dos siglos, dispuesto a crear un mundo donde transmutar la realidad existente en otra distinta que le permita culminar su empresa.

Weber Sombart (1982:37) deja bien claro que lo que se valora en la sociedad europea a principios del siglo XVII es el *dinero* como medio de cambio y pago, representación por antonomasia de la riqueza y obje-

to de codicia. Y eso produce un cambio cualitativo que afecta, por una parte, a la moral del combatiente, y por otra, a la función del ejército y a la guerra en sí misma. En este punto, constatamos que D. Quijote se mantiene por completo ajeno a este asunto, porque para él, que se mueve dentro de la vieja concepción estamental, ni en castillos, ni en ventas, tiene que pagar su hospedaje el caballero, ni está sujeto a deber tributario alguno.

En cuanto a la guerra, el dinero interviene de forma tan decisiva que ésta se ha convertido en un negocio económico como advierte Bartolomé Felipe “porque el dinero es el nervio de la guerra, el que la comienza y acaba”¹⁴. La guerra ya no es el medio de triunfar los valientes y honrados, como sabe muy bien Cervantes, arruinado y olvidado, pero D. Quijote sigue entendiendo la guerra como una forma de sacrificio, esfuerzo personal y fortaleza de ánimo, cuya recompensa no viene dada en dinero, sino en nobleza, es decir, dominio patrimonial sobre tierras y gentes. Asimismo, tampoco reconocerá los nuevos valores unidos a la mentalidad guerrera como la *obediencia* o la *disciplina*. Los despreciará sin más, contraponiéndoles los de “ejercitado” y “atrevido”. No entenderá tampoco el Caballero la función de las nuevas armas de artillería porque el no busca en la pelea un fin de Estado, ni un resultado técnico-militar, sino un ideal humano y moral como quiere Castiglione en *El Cortesano* (1984:94).

Por otra parte, “el gobernante de la Edad Moderna se ha bajado del caballo, se ha despojado de sus armas, y con una pluma en la mano dirige la cosa pública, sentado en su gabinete” (Maravall (1982:54) Cervantes reconoce que es necesario entregar los cargos públicos a los letrados. Don Quijote piensa en parte lo mismo, pero no puede aceptar que el caballero quede libre de poder alzarse al gobierno por la fuerza de sus armas y en mérito a sus esfuerzos bélicos. Todo eso llevará a situaciones de anomia y a conductas desviadas, por ejemplo, en el enfrentamiento de D. Quijote con el cuadrillero-funcionario de la Santa Hermandad, que quiere prender al Caballero por desobediencia al poder público organizado y por tomarse la justicia por su mano, como un vulgar salteador de caminos. El Estado absoluto impone homogeneidad, tanto en la normativa como en la obediencia a la misma, y esto D. Quijote no lo concibe, por eso, frente a la Santa Hermandad, que se ha convertido en la organización represiva esencial del nuevo Estado, D. Quijote opera según un esquema político de privilegio y particularismo y siente hervir dentro de sí la protesta del espíritu nobiliario tradicional: el código del honor le impide enfrentarse a un villano.

Imbuído de espíritu renacentista Cervantes nos presenta a un caballero que ajusta su conducta a normas medievales, pero que posterior-

(14) Citado en Maravall (1976:51).

mente deviene una “poderosa individualidad” (Maravall, 1976:84), que le llevará a pensar que uno es lo que hace, que por encima de linaje prima la *virtù*, el esfuerzo personal que hace posible la movilidad ascendente. Por eso en los consejos que administra a Sancho Panza para que triunfe en el gobierno de la ínsula, le advierte que “la sangre se hereda y la virtud se aquista, y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale” (Cervantes, 1987:212). Asimismo, rechaza la *fortuna* a la manera de Maquiavelo para defender, en línea con Erasmo de Rotterdam, la fuerza individual pujando sobre las dificultades de la fortuna. Así que D. Quijote, disconforme con los “siglos de hierro” que le han tocado vivir, acaba asumiendo esa misión reformadora tras el ideal de la Edad de Oro, no como un recurso literario o histórico, sino como paradigma de futuro, como objetivo de una regenerada acción caballeresca (Maravall, 1976:103). D. Quijote es un colosal arbitrario que, sobre su enérgica voluntad pretende sustentar el universo. Para Cervantes ese idealismo extramundo de D. Quijote estaba en estrecha correlación con el evasiónismo utópico de unas gentes de las que coetáneamente González de Cellorigo decía que “no parece sino que se ha querido reducir estos reynos a una república de hombres encantados que viven fuera del orden natural”¹⁵.

Hombres encantados. Erasmo de Rotterdam escribió muy en serio su *Elogio de la locura*, no solo porque la locura fascine a los hombres del Renacimiento, sino porque el saber de los locos va unido al hombre, a sus debilidades y a sus ilusiones. El arte literario de la locura es un pretexto para que Erasmo nos muestre que, en el fondo, la debilidad humana está compuesta por diversas formas de locura (González Seara, 1995:242). No hay un espíritu grande sin una mezcla de locura. El *Orlando furioso* de Ariosto, el *Rey Lear* de Shakespeare, el *Quijote* de Cervantes, muestran diversos tipos de locura que van unidos al triunfo de la razón moderna.

Cervantes nos recuerda que en este cambio de siglo toda Europa cree en hechicería, encantadores y encantamientos, aprendizaje de tropelía y nigromancia. Por eso hay que tener en cuenta la posible intervención de potencias extrañas en el mundo alterando el orden normal de los acontecimientos. De modo que también Don Quijote puede dudar de la realidad, ya que en cualquier momento, los encantadores pueden cambiar un grupo de caballeros por un rebaño de ovejas por lo que Cervantes puede tratar la locura de don Quijote como algo natural. Y si hacemos caso a Erasmo (1999:32) sin la locura “no sería posible ninguna egregia empresa”. Pero hay que matizar: el ideal caballeresco que defiende D. Quijote con sus ingredientes de amor, valor, virtud, justicia, por sí solo, no le califica de enajenado; lo que resulta extraordinario no son las convicciones sino los hechos, la manera disparatada de actuar, lo que

(15) Citado en Maravall (1984:122) y en González Seara (1995:227).

Maravall (1976:160) considera “una trastocación de los datos del mundo empírico”; por eso los molinos son gigantes, los rebaños ejércitos y la bacía yelmo, agrupándolos en forma distinta de la usual y construyendo así un mundo propio.

Cervantes acomete un ensayo de utopía, sueño o delirio. La utopía es hija del humanismo renacentista y sus modelos están en las obras de Moro, Bacon o Campanella. No hay gran tradición de literatura utópica en España, tal vez porque, como dice González Seara (1995:138 y 158), los españoles estaban entretenidos, no en escribirlas sino en realizarlas. La conquista española está llena de utopías y mitos. En la utopía cervantina no falta el elemento esencial de la isla, y será precisamente en Barataria donde se va a producir la culminación de lo utópico, allí unos Duques socarrones que encarnan a una nobleza desocupada cuyas únicas obligaciones son la caza, el teatro, las fiestas, y para quienes la llegada del Caballero y de su escudero anuncia una regocijante y monumental mascarada.

Va a ser también aquí, a través de la comicidad de las situaciones, donde quedará patente, por un lado el idealismo y la altura de pensamiento de D. Quijote frente a la bajeza de sus anfitriones, y, por otra parte, el contrasentido que muestra la utopía cervantina: la expresión de unos ideales de nobleza antigua frente a una moderna sociedad burguesa que va por otro camino.

Por su parte Maravall advierte que lo que hay en el fondo de ese magistral relato, aparentemente utópico, es una colosal contrautopía en la que un sector de la sociedad española, contra el curso natural de las cosas, se empeña en mantenerse encerrado. Son ese grupo social de hidalgos delirantes incrustados en la tradición, tratando de ensartar los pretendidos valores de la inmovilista sociedad tradicional con los de los caballeros, en el viejo sentido estamental de *bellatores* con los que se identifican. Esta es para Cervantes, la errada utopía de tantos españoles irrazonables. Y para todos ellos, el antídoto del *Quijote*..

“ ¡ADIÓS DONAIRES, ADIÓS GRACIAS, ADIÓS REGOCIJADOS AMIGOS!...”

Todo símbolo evoca y representa algo o a alguien. Cervantes encarnó en su hidalgo la fórmula para elaborar una imagen simbólica porque don Quijote suscita sentimientos de pertenencia y mantiene solidaridades. Así lo ve Luis Goytisolo (2005:61): “En el imaginario popular español Don Quijote es símbolo y esencia del caballero español y sus acciones -lo quijotesco, las quijotadas-, un ejemplo de comportamiento cabal para todos nosotros”.

Otros muchos, empezando por el gran Erasmo, consideran la supuesta locura como una forma de heroísmo, y hay autores que van más

lejos: “Además este héroe, lleva sobre su espalda el conflicto entre el mundo antiguo y moderno, entre el mundo mágico y el almacén de mercancías, entre la épica y la novela. Un héroe de la interioridad del conflicto”. (Félix de Azúa, 2005:66).

Lo propio del héroe es pues, su condición de admirable en función de sus hazañas o de sus virtudes y don Quijote es un héroe porque posee virtudes excepcionales, pero, ser humano a la postre, es decir, frágil y vulnerable, estará expuesto al fracaso, a la derrota puntual. No obstante, teniendo en cuenta que “el fracaso no es otra cosa que la distancia entre el resultado al que uno aspiraba y el que obtiene” (Manuel Cruz, 2005:76), las derrotas del Caballero no le harán perder -ni a él ni a nadie- la condición de héroe, ya que ni siquiera los héroes pueden ganar siempre. E incluso en ocasiones se celebran sus fracasos.

El héroe solo pierde su condición heroica cuando *decepciona*, y D. Quijote no lo hace mientras se mantiene -en palabras de Savater- (2005:60) “quijotesco”, porque entonces vive y hace vivir con intensidad, aunque fracasen sus empeños. D. Quijote decepciona cuando, renunciando a serlo, vuelve a Alonso Quijano, el hidalgo melancólico al que Sancho Panza no deja de sacudir para que no dimita de su locura, para que vuelva a ser el personaje valeroso que desafía al mundo en pos del amor, de la amistad, de cualquier empresa que permita burlar y embriar a la muerte. Para que, en definitiva, no muera tontamente. Lamentamos con Ítalo Calvino (1992:64) que “el mito de la caballería se disuelva en los asoleados caminos de La Mancha”. Pero su tiempo está cumplido, al igual que el de Miguel de Cervantes, hombre de sensibilidad que al doblar el siglo es un “poetón” ya viejo, un superviviente de otro tiempo y de otros gustos” (Pontón y Rico, 2005:36). Su obra magistral, la Historia del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, presenta un caso parecido al recogido por su contemporáneo Shakespeare en el Rey Lear, otro personaje límite del que Harold Bloom afirma que si la obra de teatro apenas se representa es porque la suerte del protagonista se hace insoportable. Y añadimos con Luis Goytisolo, tan insoportable como la del *Quijote*. Tanto como la de Cervantes.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

Azúa, F. de (2005): “La segunda encarnación”, en *Claves de la Razón Práctica*, 150:65-66.

Batllori, M (1987): *Humanismo y Renacimiento*, Barcelona, Ariel.

Bloom, H. (2002): *Cómo leer y por qué*, Barcelona, Anagrama.

Cadalso, J. (1999): *Cartas Marruecas*, Madrid, Espasa Calpe.

Calvino, I. (1992): *Por Qué Leer Los Clásicos*. Barcelona. Tusquets.

Canavaggio, J. (1992): *Cervantes: en busca del perfil perdido*, Madrid, Espasa-Calpe.

Castiglione, B. de (1984): *El Cortesano*. Madrid. Espasa- Calpe

- Cervantes Saavedra, M. de (1987) *Don Quijote de La Mancha*, Barcelona. (Edición del XXV Aniversario del Círculo de Lectores. Texto fijado y comentado por Martín de Riquer).
- Cruz, M. (2005): “De ídolo a héroe. Incondicionalidad y decepción”, en *Claves de la Razón Práctica*, 150:76-77
- Deleito y Piñuela, J. (1988). *También se divierte el pueblo*, Madrid, Alianza Editorial.
- Domínguez Ortiz, A. (1979): *El antiguo Régimen: Los Reyes Católicos y los Austrias*, Madrid, Alianza.
- Elliott, J.H. (1970): *La España Imperial (1469-1716)*. Barcelona. Vicens Vives.
- Espinel, V. (1968): *Vida del escudero Marcos de Obregón*, Barcelona, Bruguera.
- Fernández Álvarez, M. (1974): *La sociedad española del Renacimiento*, Salamanca, Cátedra.
- González Seara, L. (1995): *El Poder y la Palabra*. Madrid. Tecnos.
- Goytisolo, L. (2005): “La locura de Don Quijote”, en *Claves de la Razón Práctica*, 150:61.
- Kamen, H. (1997): *Felipe de España*, Madrid, Siglo XXI.
- Kerbo, Harold, R. (1998): *Estratificación social y Desigualdad. El conflicto de clases en perspectiva histórica y comparada*, Madrid, McGraw Hill.
- Maravall, J.A. (1976): *Utopía y contrautopía en el Quijote*, Santiago de Compostela, Pico Sacro.
- Maravall, J. A. (1982): *Utopía y reformismo en la España de los Austrias*, Madrid, Siglo XXI.
- Maravall, J.A. (1984): *Poder, Honor y elites en el siglo XVII*, Madrid, Siglo XXI.
- Pontón Gijón, G. y Rico, F. (2005): “La España del Quijote. Tras los pasos de un hidalgo de La Mancha”, en *Revista Clío*, 42:34-37.
- Riquer, M. de (2003): *Para leer a Cervantes*, Barcelona, El Acantilado.
- Rotterdam, E. de (1999): *Elogio de la locura*, El Mundo, Unidad Editorial.
- Savater, F. (2005): “El Quijote y la muerte”, en *Claves de la Razón Práctica*, 150:59-61.
- Shakespeare, W. (1990): *Cómo gustéis*, Madrid, Cátedra.
- Sombart, W. (1982): *El Burgués*, Madrid, Alianza.
- Spunberg A. (2003): *Miguel de Cervantes*, Barcelona, Rueda.
- Tomás y Valiente, F. (1990): *Los validos en la monarquía española del siglo XVII*. Madrid, Siglo XXI.
- Vilar, P. (1982): *Hidalgos, amotinados y guerrilleros. Pueblo y poderes en la historia de España*, Barcelona, Grijalbo.
- Weber, M. (1992): *Economía y sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica.